

Víctor Casas

Luna



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2026, Víctor Casas

© 2026, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Manuel Baraja

Corrección

Pau Fernández

Portada

Edicionante

Maquetación

Edicionante

Primera edición: abril 2026

ISBN: 978-84-1127-138-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

1

Existen historias que necesitan ser contadas.

Historias que exploran el espíritu de los humanos y reflejan la profundidad de sus emociones y pensamientos.

Esta es una de ellas. Lo que viví fue de esos eventos que surgen una vez cada mucho tiempo, que resisten la prueba del tiempo y la distancia. Esta historia habla de uno de los sentimientos más puros que los seres humanos pueden experimentar: el amor. Esa emoción que nos une sin importar cómo somos en el exterior y le da significado a nuestras vidas.

Aquellos días estuvieron llenos de aventuras y flores, de lugares oscuros, pero sentimientos cálidos. Cada noche, mientras converso contigo, escucho a mis compañeros compartir relatos sobre sus familias. Y aunque esos relatos también son hermosos y están llenos de significado, creo que mi historia con Alberto es algo que todo el mundo debería vivir.

Todo comenzó el día en que dejé de ver.

2

Antes de conocerlo, mis días se resumían en la misma rutina: despertar, estirarme, buscar comida, intentar volver a dormir para ignorar el hambre, huir de mis hermanos, que ahora me desconocían, y esperar la noche para saludar a mis antepasados, que se encuentran en las estrellas, mientras esperaba a que el sueño regresara.

Me sorprendía lo rápido que los seres vivos podemos olvidar.

En varias ocasiones dejé de comer para compartir mi comida con mis hermanos, dejé de beber para que ellos no pasaran sed y era la que distraía a los humanos para proteger a los menos ágiles, incluso cuando esto me ponía en peligro. Esa era mi idea de lo que hacían las familias, y pensaba que también era la suya, o tal vez lo fue hasta que los humanos decidieron adoptarlos y dejaron de necesitarme.

Habíamos luchado contra otras manadas, contra el hambre y el frío, pero una decisión y unas pocas palabras amables los cambiaron para siempre. Los convencieron de dejar de lado a la familia que les dio un lugar donde pertenecer, por caricias y unos cuantos premios.

Aquellos que una vez compartieron batallas e historias conmigo, estaban dispuestos a dar sus vidas para que sus nuevos amigos no se enteraran de que hubo alguna conexión entre nosotros.

No importaba cuánto me había fortalecido en nuestras batallas diarias, nada me había preparado para soportar la soledad.

Empecé a odiar a los humanos, porque sentía que el mundo me había dado la espalda a causa de ellos.

Sin agua, sin comida, sin familia, sin hogar...

Tenía un constante e insoportable dolor de cabeza y en ocasiones me sentía tan debilitada que no podía caminar. Pero los humanos solo medían nuestra felicidad por la rapidez con que movíamos la cola. Su lógica era difícil de entender. Parecía que solo les interesaba nuestra apariencia y

obediencia.

Fue en uno de esos días cuando ocurrió el incidente con mi ojo. Y es que muy pronto empezaría a ver el mundo con demasiada oscuridad, porque solo podría ver la mitad de él.

3

Era un día como cualquier otro: unos humanos que solía ver dormidos en las banquetas me perseguían por las mismas calles, bajo el mismo sol, con el mismo miedo... Solo que esta vez lograron alcanzarme. Mientras huía, mi pata se atascó en una alcantarilla. Y cuando volteé hacia atrás, presa del pánico, lo único que distinguí fue una enorme piedra que volaba hacia mí.

Lo que siguió fue oscuridad.

Aunque todos mis sentidos se empezaban a nublar, decidí enfrentar a mis perseguidores. Estaba cansada de huir, pero cuando logré zafar mi pata y levantar la cara vi que estaban... ¿huyendo? No comprendía por qué, pero no iba a darles otra oportunidad de lastimarme.

Así que yo también corrí.

Nunca aprendí a reconocer los colores porque mis ojos ven en escala de grises, pero los había escuchado y podía relacionarlos con objetos, o incluso emociones. Por eso, cuando en plena carrera los humanos, asustados, gritaron: «¡Está roja!», sabía que ese color no siempre significaba algo bueno, especialmente cuando provenía de ti, pero temía detenerme.

El cielo se pintaba de una intensidad que jamás había visto y había una atmósfera distinta. El viento rozaba mi cara y las personas me abrían el paso aterrorizadas. Pero lo único que me importaba era huir lo más lejos posible de ese mundo que solo deseaba lastimarme.

Los últimos rayos del sol calentaban mi herida. Aunque mi vista perdía fuerza, mis otros sentidos estaban en alerta: escuchaba a la gente murmurar sobre mi estado, podía sentir en mi lengua el aire caliente y mis patas hacían lo posible para no sentir el cansancio.

Después de atravesar algunas calles, logré alejarme y llegué a un parque poco habitado, donde había menos posibilidades de enfrentar otra conducta hostil. Creí que solo necesitaba un momento para recuperarme de toda la conmoción, pero el dolor se hacía cada vez más intenso.

Mi cabeza, mis ojos, mis patas, incluso mi estómago... Mis sentidos estaban alterados y parecían querer enloquecerme. La sensación era tan fuerte que empecé a soltar lamentos.

Y entonces me di cuenta.

En cuestión de segundos me había vuelto el centro de atención del lugar en el que me encontraba.

Los perros de mi raza son pequeños y con pelaje claro, lo que provoca ternura en los niños. Pero ese ya no era mi caso: mi pelaje se había oscurecido, representaba las batallas que había librado, y mi cuerpo estaba mucho más delgado.

Y ahora solo podía ver con un ojo.

De ser una perrita que inspiraba ternura a los niños, había pasado a infundirles miedo. Me convertí en un ejemplo evidente de lo cruel que el mundo puede ser.

4

Donde antes resonaban risas y se sentía un aura de paz, ahora reinaba el silencio.

No quería seguir viendo cómo el miedo y la lástima llenaban los ojos de los humanos y mucho menos darles la oportunidad de volver a lastimarme. Quería alejarme de todos, pero estaba tan cansada...

Nuevamente fui testigo de cómo el miedo a lo desconocido empezaba a transformarse en odio. Un niño y su madre pasaron cerca de mí, ella me amenazó con un bastón para alejarme de su hijo. ¿Sabrá que las heridas del corazón son algo que se puede contagiar muy fácilmente?

Todo se oscurecía. El sonido de mi corazón y los pasos rápidos de la mujer parecían estar sincronizados. Pero no podía moverme. Estaba segura de que algo malo iba a pasar. Cerré mi ojo esperando lo peor. Pero cuando lo abrí no pude creer lo que vi.

Ahí estaba él, agachado en sus cuatro patas para estar a mi altura. Quería alejarme, pero mi cuerpo estaba débil. Estaba indefensa. Acercó su mano hacia mi cuello y, temiendo lo peor, me dejé caer al suelo. El niño levantó mi cabeza en dirección a la suya y nuestras miradas se encontraron.

Pero lo que pasó después no fue lo que yo imaginaba. Nunca nadie, ni siquiera los de mi especie, me había visto así. Sin prejuicios, sin miedo, sin lástima... Por primera vez, sentí que alguien me veía como lo que realmente era: un ser vivo.

—Estás muy lastimada, ¿cómo te sientes?

Se escuchaba genuinamente preocupado. Se acercó más a mí. Intenté alejarme, pero no pude.

—Pobre perrita, ya verás como todo estará mejor. Mi nombre es Alberto —dijo suavemente, mientras concentraba su mirada en mi ojo lastimado.

No importaba lo que sentía, me había prometido a mí misma que nunca dejaría que un humano se me acercara.

—Mamá sabrá qué podemos hacer contigo.

Decidí mostrarle mis colmillos y gruñir, estaba lista para atacar. Sí quería conservar su mano, debía alejarse...

—Prometo no dejarte sola.

De pronto dejé de escuchar y la oscuridad regresó.

Mi cuerpo se había rendido. Me aterraba pensar en lo que pasaría cuando despertara.

5

Me desperté con escalofríos.

Escuché algo acelerado cerca de mi cabeza, pero no conseguía ver con claridad. ¿Esto que sentía era... su corazón? ¿Me llevaba en brazos recargada en su pecho mientras corría?

—Solo aguanta un poco más, el señor Navarro es el mejor veterinario de la ciudad, él nos ayudará.

Su corazón...

Se sentía tan cálido, lleno de emociones, lleno de vida...

Nunca me habían cargado en brazos antes, pero si así era que alguien se preocupara por ti, no quería dejar de sentirlo.

Por un instante, supe que todo estaría bien, que todo podría mejorar. Si perdía mi ojo, si tenía que seguir huyendo del mundo... ya no importaba.

En ese momento no podía pasarme nada malo.

6

Al despertar, mis días se convirtieron de nuevo en una misma rutina: abrir lentamente un ojo, intentar liberarme de las cadenas, caer inconsciente y repetir.

Pero sentí que algo me faltaba, y sabía exactamente qué era. Alberto me había abandonado en esta celda. Todo había sido una mentira.

Mi odio se volvió casi tan grande como mi necesidad de escapar, pero seguía muy débil. Tenía que esperar un poco más antes de preparar mi escape. Pero ese día vendría, estaba segura.

7

Hubo muchas cosas a las que nunca pude acostumbrarme: la oscuridad, no reconocirme a mí misma ni a mis pensamientos después de noches de no poder dormir sin interrupciones, o el olor del detergente, que hacía que sintiera como si mi olfato también estuviera fallando. Tampoco podía moverme ni comer otra cosa que no fuera lo que me proporcionaban los humanos.

Pero todo eso se desvanecía ante un simple recuerdo. Un aroma que, aunque lo percibí brevemente, permanecía muy presente. Como si algo dentro de mí se construyera y reconstruyera cada vez que mi mente volvía a él.

Quizá él no era tan real como parecía, pero sus sentimientos aquel día tenían que serlo.

Recordar cómo me veía ese niño me hacía sentir como si todos los misterios de mi universo se hubieran resuelto. Como si nada malo me pudiera pasar. ¿Era esto... amor? Al hacer memoria recordé que había una sombra de tristeza en su mirada. Pero su sonrisa se veía real... ¿Sería que no éramos tan distintos después de todo? Pensaba que solo la luna podía hacer que los seres vivos sintieran esta conexión, pero ese día descubrí que también los seres humanos pueden reflejar y compartir su luz con los demás.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por los escalofríos.

Ruido. Silencio. Luz. Oscuridad. Soledad. Conversaciones a medias. Batas blancas. Mantas negras.

Otro día había terminado.

8

Creí haber perdido el olfato debido al encierro, pero un olor dulce y cálido me hizo regresar a mis sentidos. Era un aroma que inspiraba confianza y estaba lleno de buenas intenciones. Hasta ese momento, no tenía una definición clara de lo que era un hogar, pero sin duda esa sensación debía estar presente.

Supe que él había regresado antes de escuchar su voz preguntando por mí.

Antes de que se abriera la puerta, mis dudas sobre permitir que ese niño se acercara a mí empezaron a desvanecerse. Había vuelto porque lo que compartimos aquel día en el parque fue real. Tal vez los humanos también podían albergar gran amor y bondad.

Traté de contenerme. Dejarse llevar por los sentimientos era una muestra de debilidad, pero en ocasiones era tan difícil controlar mis instintos. Desafortunadamente, tanto mi cola como mi corazón decidieron traicionarme.

Supongo que es la naturaleza de los de mi especie.

A pesar de no poder moverme por la jaula en la que me tenían, sentí que algo dentro de mí estaba más libre que nunca. Era como si, aunque me mantuviera inmóvil por fuera, dentro de mí algo quisiera elevarse hasta las estrellas.

—Parece que te ha estado esperando, quizás pensó que no volverías —se animó a decir el humano vestido de blanco, al que después Alberto llamó doctor Navarro.

—¿Cómo ha ido la recuperación? —preguntó Alberto.

—No tan rápido como podría. Es como si su cuerpo se resistiera a los medicamentos o a cualquier cosa que hagamos. Aún tiene muchas heridas, debemos seguir luchando para que se recupere. Han sido días muy difíciles para ella.

Sus palabras me dejaron helada. ¿Era eso cierto? ¿Me estaba resistiendo a

mejorar?

Alberto me miró a mi único ojo funcional y se acercó. Luego le pidió al doctor que nos dejara solos un momento.

La puerta de la habitación aún no se había cerrado cuando me di cuenta de que nunca había pasado tiempo a solas con nadie, y menos con un humano.

—¿Sabes? —comenzó a decirme Alberto— No sé si puedas entenderme, ni siquiera estoy seguro de si me quieres aquí o si me recuerdas, pero ese día en el parque... fue especial para mí.

Alberto pasó su mano a través de la jaula y la puso sobre mi espalda sin saber que jamás había permitido que un humano me tocara.

—Vi cómo llegaste. Cómo todos se alejaban. Cómo te sentías asustada, sola y confundida. No sé por qué, pero sentí que yo había vivido algo similar cuando llegué a esta ciudad... y fue aterrador —hizo una pausa mientras acariciaba mi espalda.

—Siempre había creído que los perros eran criaturas que *reflejaban* amor. Que la gente los veía y querían acariciarlos, alimentarlos, pasar tiempo con ellos. Nunca me había puesto a pensar lo triste que es estar tanto tiempo solos. Esperar todo el día para ver si su familia quiere jugar con ustedes o si van a abandonarlos cuando crecen demasiado.

Los ojos de Alberto empezaron a humedecerse.

—Lo que intento decir es que no eres la única que se ha sentido sola. Y, al menos esa noche, sentí que teníamos algo en común. Sentí que te comprendía. Sentí que podíamos ser amigos... Pero más que eso, sentí que merecías más que la vida que te tocó. Y me di cuenta de que no me perdonaría nunca si no hacía nada para cambiar eso.

En cuestión de segundos, mi percepción de este niño había cambiado por completo, y estaba por hacerlo aún más.

Alberto se encaminó hacia una mesa que estaba a mi lado y sacó de su mochila un jarrón, lo llenó de agua y puso flores adentro. Otra de las costumbres de los humanos que jamás entendí. Si las flores tienen periodos de vida muy cortos fuera de la tierra, ¿por qué arrancarla de ella? ¿Por qué obsequiarlas?

—Tú no me conoces y yo no te conozco a ti. Cualquiera pensaría que un niño de doce años no puede entender muchas cosas, pero están equivocados. Así como estoy seguro de que tú eres más de lo que los demás creen ver en ti.

—¿Y sabes? Eso hace que tengamos algo en común. Tal vez sí podríamos ser buenos amigos —exclamó, dejando lucir la sonrisa más brillante que jamás había visto.

—Madre siempre ha dicho que las flores tienen efectos curativos, porque a pesar de que en ocasiones duren poco, son seres llenos de vida. En mi familia se tiene la creencia de que los tulipanes azules que se regalan de corazón vivirán tanto como su destinatario lo necesite. Pensé que sería un bonito regalo. Tal vez no pueda estar aquí todos los días, pero mis tulipanes te cuidarán cuando no esté y te recordarán que volveré. Espero que estas flores tengan suficiente vida por dentro para darle un poco de felicidad a la tuya —concluyó, mientras terminaba de acomodar las flores.

Otra vez me había equivocado respecto a los humanos y sus tradiciones.

La puerta se abrió, dejando salir la atmósfera llena de esperanza que Alberto y sus tulipanes habían traído. Otro hombre de blanco entró para decirle que yo necesitaba descanso, pero que le avisarían cuando pudiera regresar a verme.

A pesar de su partida, no pude dejar de pensar en sus palabras. El aroma de sus tulipanes empezó a llenar la habitación y, después de noches llenas de frío e incertidumbre, finalmente pude dormir.

A pesar de que mis horas de comida eran más limitadas y controladas, el hambre constante había desaparecido, al igual que los insoportables dolores de cabeza y estómago. Mis patas todavía me dolían un poco, pero estaban mejorando.

Y aunque creí estar confinada en una habitación que me privaba de todos mis sentidos, descubrí que había innumerables cosas para ver, oír y sentir: cada mañana, el sol, además de traer un poco de calor a mi jaula, alimentaba los tulipanes de Alberto y me recordaba que aún había un mundo por explorar; y cada noche, la luna, a pesar de traer frío y melancolía, me mostraba su brillo y el de las estrellas, y con ello, mis orígenes.

Era cierto que ese lugar no me gustaba, pero estando ahí sentía cómo mi cuerpo se fortalecía en todo aspecto.

Y cómo olvidar las flores de Alberto. Los tulipanes azules estaban cerrados cuando los trajo, pero, desde su partida, habían florecido de una manera que nunca había visto. Tal vez el niño tenía razón al decir que las flores no solo están llenas de vida, sino que se aferran a ella todo el tiempo que su destinatario lo necesita. Cada día parecían florecer más y, en cierto modo, me contagiaban su energía.

Sentía cómo poco a poco mis fuerzas iban regresando. A pesar de las semanas de aislamiento, sentía que algo dentro de mí se había curado. Más allá de las heridas, parecía que mi soledad había desaparecido. ¿Así se sentía encontrar tu lugar? Porque el mío no era esta cama, ni esta habitación. Era con la persona que me encontró cuando estaba en mi peor momento y tuvo fe en que algo hermoso podría surgir de las cenizas.

Ahora no podía mirar a mí alrededor sin ver colores, música, olores y emociones en cada cosa que componía este nuevo mundo. Los tulipanes se negaban a abandonarme, porque si lo hacían podría desvanecerse una

promesa que me había hecho volver a creer. Una promesa que, al final de cada día de dolor, debía recordar. Porque Alberto prometió que algún día volvería.

Y después de cuarenta y cinco días y cuarenta y cinco noches, volvió.

Extrañaba tanto hablarle a la luna y a sus estrellas. Era una desgracia que en este estado no pudiera hacerlo, especialmente ahora que tenía una historia que contar.

Durante mi recuperación, además de las veces que los doctores abrían la puerta para darme medicinas, comida y agua, mi único contacto con el mundo exterior fue un pedazo del cielo que se asomaba en mi ventana. Los días eran tan parecidos que, por momentos, no distinguía bien uno del otro, y temía que, si continuaban así, pudiese enloquecer.

Sin embargo, aquel día, desde que desperté y vi los tulipanes caídos, supe que algo estaba por cambiar.

Mi apetito había mejorado, mi pelaje recuperó su brillo y mis cuatro patas eran lo suficientemente fuertes como para levantar todo mi cuerpo. Tras mucho tiempo de aislamiento, y aunque seguía sin poder abrir el ojo, ahora cubierto con un parche, me sentía fuerte nuevamente.

Me encontré frente a los rostros del doctor Navarro y de Alberto una vez más; solo que ahora podía estar de pie por mi cuenta. Tal vez no podía correr o caminar velozmente, pero era bueno volver a sentirme independiente.

—¿Entonces ya decidiste si la llevarás contigo a casa? —preguntó de manera directa el doctor, a lo que Alberto contestó alegremente:

—¡Me costó mucho convencer a mi mamá! Pero incluso se ofreció a comprarle alimento y a traerme hasta aquí cuando sea necesario.

El doctor Navarro asintió con su cabeza, regresó sus manos a los bolsillos de su bata y preguntó algo que llamó mi atención.

—Eso quiere decir que ya pensaste en un nombre.

—Así es —respondió Alberto—. Cuando ella y yo nos encontramos, fue una noche de luna nueva. Usted debe de saber que es muy raro presenciar ese fenómeno desde aquí. En mis doce años de vida, solo lo he visto una

vez.

Esa vez, pensé.

—En este pueblo es un suceso difícil de predecir y, por ello, a mi familia le da mucha alegría verlo, en especial a los mayores.

— ¿Y eso causó en ti esta perrita cuando la viste? —lo interrumpió el doctor.

—Sí, me encontraba en el parque, mirando al cielo, intentando guardar en mi cabeza la imagen de la luna cuando la vi llegar. No creo que ella lo sepa, pero es una perrita con un ojo blanco, ¡como la luna que vi!

Su otro ojo verde estaba cubierto de sangre. Buscaba a dónde huir, pude sentir el miedo que tenía.

Ese día, todos debían de estar mirando el cielo.

Pero eso no pasó. Todos estábamos viendo la luz blanca de alguien más.

Ella fue el centro de atención esa noche. Ese día, ella fue nuestra luna.

Las palabras de Alberto formaron un nudo en mi garganta, no sabía que alguien podía verme de esa manera.

—Ella fue a lo que todos volteamos a ver mientras en el cielo ocurría algo extraordinario. Y, pensándolo bien, pasaron muchas coincidencias para que yo me encontrara justo ahí en ese momento. Mamá llevaba semanas sin dejarme salir de casa por mis enfermedades, solo me dio permiso para salir a observar la luna.

El doctor Navarro, asombrado por lo que acababa de escuchar, agregó:

—No te expresas como un niño de doce años. Pero es conmovedor que te des cuenta del milagro que fue ese encuentro, al igual que lo fue su recuperación.

Alberto se ruborizó.

—Los días que venía a visitarla cuando aún no despertaba...

¿Él vino a visitar... me?

—Al verla enrollada con su pelaje tan blanco, también me recordó a la luna ese día. Su tranquilidad me transmitió paz. No creo que haya otro nombre que le quede mejor.

Me estaba dando cuenta de que ese niño no solo me había salvado la vida y me ofrecía un hogar, sino que ahora también me estaba regalando algo que me seguiría hasta el final de mis días. Algo que validaría mis recuerdos y mis historias, que contaría quién era yo, mis sentimientos y mi nueva familia.

Ese niño me estaba dando un nombre.

—Pues siendo ese el caso, la pequeña Luna podrá acompañarte dentro de un par de noches —agregó el doctor—. Esta noche y durante el día de mañana estaremos revisándola. Serán dos días más de recuperación para que sus músculos vuelvan a acostumbrarse al movimiento, lo que quiere decir que en cuatro días ya estará contigo...

Alberto se animó a interrumpirlo una última vez.

—¿Y qué pasará con su ojo?

La cara del doctor Navarro se endureció y perdió cualquier rastro de alegría que había mostrado.

Dejó pasar un par de segundos para llenar su pecho de aire y empezó a explicar.

—El asunto con el ojo de Luna es que sufrió daños no solo por el golpe sino también por el tiempo que pasó antes de que pudiéramos atenderla. No lo veo como algo imposible, pero no te mentiré. Solo otro milagro podría hacer que viera con ambos ojos como antes.

Por alguna razón esta noticia no me sorprendía. Nadie más que yo estaba consciente del daño que había sufrido mi ojo ese día. No puedo decir que tenía mucha esperanza de recuperar mi visión, pero ahora sabía que mis posibilidades eran mínimas. En fin, después de todo, era un precio que estaba dispuesta a pagar.

—¿Entonces, no hay nada que podamos hacer? ¿Vamos a dejarla así y ya?

—Alberto no podía creer lo que estaba escuchando.

—Por el momento puedo darte un medicamento para bajar la inflamación y otro para evitar que se infecte, pero cualquier progreso dependerá de la constancia y de las capacidades regenerativas de la perrita. No te puedo garantizar que volverá a ver, pero si sigues mis indicaciones, ella se sentirá mejor muy pronto —concluyó el doctor Navarro.

Alberto abrió la puerta, pero antes de salir puso su mano sobre mí, le agradeció al doctor su honestidad y volteó a verme, luego vio sus flores, como si renovara la promesa de que en cuatro días volvería. El doctor lo acompañó hasta afuera de la habitación, para seguir comentando las pocas posibilidades que tendría de volver a ver, y sobre la suerte que habíamos tenido. ¿Sabrán que no necesitan estar en mi habitación para que escuche de lo que hablan?

Me sentía muy confundida.

No hacía mucho sentía que la mayor traición para cualquiera de los de mi especie era aliarse con los humanos, pero ahora no solo lo iba a hacer, sino que veía un futuro posible al lado de uno.

Aunque siendo sincera, no tenía mucho a qué regresar en mi antiguo territorio. Mis hermanos me desconocían, mis compañeros ya no estaban, los humanos me ahuyentaban cada que buscaba descansar. Había dejado de tener techo y hogar hacía bastante tiempo.

Estaba más sola que la noche antes de la llegada de las estrellas.

El mundo parecía odiar la idea de que forjara lazos, hiciera amigos o tuviera algo por lo que luchar. Pero ahora comprendía que gran parte de mis problemas también se debía a que no me había encontrado con seres como Alberto. Y a pesar de que todo se sentía diferente, esto no significaba renunciar a mis ideales. Con o sin Alberto, yo seguiría estando bien. Pero todo esto era una oportunidad de volver a empezar, de cruzar una barrera que se me había impuesto desde que nací: vivir una vida que siempre pensé que no era para mí.

Junto a Alberto podría tener un hogar, crear una nueva familia, conocer el significado de palabras como *amistad* o el hecho de «domesticar».

No, no podía rechazar todo esto por una falsa idea de nostalgia hacia la «vida» que estaba dejando atrás.

Pero no solo aceptaría la propuesta de Alberto. Tal como lo había hecho con todo en mi vida, me aferraría a lo que fuera necesario para salir adelante. Lucharía con todas mis fuerzas por algo en lo que empezaba a creer, para poder experimentar lo que vivimos aquella noche de luna nueva una vez más y, entre los dos, encontrar el propósito de nuestro encuentro.

De acuerdo con lo que había escuchado, si lograba impresionar al doctor Navarro podría salir de aquí muy pronto.

No estaba en mis planes quedarme más tiempo del necesario.

Me hicieron pruebas que no eran nada fuera de lo común: caminar, estirarme, brincar y atrapar la pelota, nada complicado... en condiciones normales. Estaba tan desacostumbrada a mi cuerpo que era como aprender a usarlo de nuevo.

En otra de las pruebas, los doctores sumergían en agua parte de mi cuerpo y me hacían caminar o nadar a cierta velocidad. De más está decir que en mi primer día apenas podía mantenerme yo sola de pie; los resultados no fueron lo que yo esperaba.

Sin duda, la parte más complicada de todo este proceso fue dejar que me ataran el cuello con una de sus correas. En mis cinco años de vida jamás lo había permitido, y ahora debía hacerlo para poder ser libre. Nada tenía sentido, pero debía resistir.

Y así lo hice.

A pesar de que el primer día no fue lo que esperaba, estaba muy lejos de darme por vencida. No era la primera vez que pasaba por momentos difíciles.

Gracias a los alimentos y ejercicios, me encontraba en buena forma, posiblemente en la mejor que había estado toda mi vida, solo necesitaba concentrarme y recordar por qué todo esto se había vuelto tan importante para mí.

Me encontraba agotada tras el final de mi primer día de recuperación, pero eso no evitó que escuchara una conversación que los doctores sostenían en la habitación de al lado. Los humanos empezaron a hablar sobre mi raza: al parecer, pertenezco a una llamada *french poodle*. También dijeron que, al ser de las razas más pequeñas, frágiles y menos longevas, no esperaban que

pasara todas las pruebas.

Esas palabras se volvieron otra motivación para mí. No iba a permitir que los humanos me dijeran de qué era, o no, capaz.

Me esforcé en ser obediente, valiente y fuerte. A pesar de que llevaba días viviendo aquí, todo se sentía como un mundo nuevo. Pero estaba segura de algo: sin importar el dolor o el miedo, iba a recuperarme. Ya todos habíamos puesto demasiado en esto como para rendirme.

El segundo día no fue muy diferente al primero, pero cuando llegaron el tercero y el cuarto, mi cuerpo y mente parecían haber recuperado cierta naturalidad, que hacía que, sin importar la adversidad de las pruebas, encontrase la manera de sobrellevarlas. No estaba segura de si era mi instinto animal o si ahora luchaba por algo más.

Todavía me cansaba más rápido que antes y no había recuperado del todo mi visión, pero ya me sentía lista para partir. Con el apoyo que había estado recibiendo, me sentía más fuerte que nunca.

Alberto volvió al quinto día, como había prometido, para encontrarse con la mejor versión de mí. Aquella que a partir de ahora sería llamada Luna. Una perrita que aún tenía inseguridades, pero también muchas ganas de conocer sobre su mundo, y que deseaba acompañarlo el resto de sus días.

12

La familia me dio la más cálida de las bienvenidas. Todo pasaba muy rápido, pero me sentí segura.

Solo que había algo diferente.

Había estado tanto tiempo concentrada en mi recuperación, en las flores de Alberto y en mis pensamientos, que no recordaba que uno de mis ojos no funcionaba.

Me había acostumbrado a utilizar el resto de mis instintos para guiarme e interactuar con un mundo que había dejado de percibir completamente. Escuchaba que los doctores hablaban sobre medicamentos que podrían aminorar el dolor, pero nunca mencionaron esta sensación de vacío. Ver a medias era como vivir a medias.

Desde que comencé a vivir en un hogar, los días eran muy cálidos. Cada integrante de la familia de Alberto me trataba con cariño y les emocionaba enseñarme cosas nuevas. En cuestión de días ya había aprendido mi lugar de comer, de dormir y de ir al baño, así como qué cosas les molestaban: cuando ladraba fuerte cada que alguien caminaba cerca de casa o cuando trataba de alcanzar los alimentos de la mesa. Me llevaban al parque todos los días, y allí pude conocer a otras familias. Eso se sentía como otro milagro: estar juntos.

Pero, desafortunadamente, no todo era luz y esperanza.

Volví a perder el sueño durante las noches y era peor que nunca. Cada que la luz del sol se escondía, llegaba la hora del medicamento para mi ojo. Alberto hacía su mejor esfuerzo para no lastimarme; yo, por otra parte, debía hacer mi mejor esfuerzo para que mis instintos no me obligaran a atacarlo por el dolor que ese líquido me causaba. Cada gota era una invitación a que el dolor regresara, cada curación era un recordatorio de mi debilidad.

Había dejado de mirar hacia arriba, ya no distinguía las estrellas en el

cielo. Y aun así, no me sentía sola, pues en esas noches, llena de fragilidad, Alberto se privaba de su sueño para acompañarme. Era difícil que él comprendiera lo que sucedía dentro de mí, pero su compañía me hacía bien. Cada que los escalofríos de la madrugada invadían mi cuerpo, él me cubría con una manta; cuando el ardor en mi ojo volvía e intentaba rascarme, él me rodeaba con sus brazos, como intentando que nada del mundo exterior pudiera alcanzarme. Cambiaba el agua de mi plato para que estuviera fresca, me acariciaba cada que lo necesitaba. Tal vez no comprendía todo acerca de mí, pero ese chico hacía lo posible para que esas noches fueran menos largas.

Pasadas algunas semanas había tenido tiempo suficiente para conocer a la familia de Alberto. Su madre y su padre parecían atentos, siempre estaban preocupados por que Alberto tomara sus medicinas, comiera a sus horas y durmiera una cantidad considerable de tiempo, por lo que cuando bajaba para acompañarme en mis desvelos, lo hacía a escondidas de ellos.

Además de sus padres, Alberto tenía un hermano mayor. Se llamaba Alejandro y se la pasaba casi todo el día fuera de casa. Pero cuando pasábamos tiempo juntos era casi igual de atento con Alberto que sus padres, además de recordarle que se tomara sus medicinas, le ayudaba a hacer su tarea. No era difícil comprender por qué Alberto había crecido como un niño lleno de amor y atenciones, ya que parecía haber estado rodeado de ellos toda su vida.

Las noches no habían dejado de ser duras, pero con el tiempo me fui acostumbrando a las sesiones de curación.

Poco a poco fui recuperando el sueño y podía pasar más tiempo sola durante las noches, así que Alberto no corría riesgo de ser regañado por sus padres. Incluso, de vez en cuando, podía dormir con él en su cuarto, y eso me encantaba, porque su ventana de afuera me permitía ver el cielo y sus constelaciones cada noche. Era una lástima que dentro de la casa estuviese prohibido que yo aullara, porque tenía muchas historias que contarles a las estrellas.

Justo cuando parecía que los días con una rutina marcada estaban volviendo, algo interesante pasó.

Un día, Alberto fue a comprar flores y me llevó con él. Se me hizo extraño que nos dejaran salir solos, pues desde que llegué había notado lo mucho que lo protegían, pero el camino no era tan largo y él lo conocía muy bien.

Estaba muy emocionada.

No era un paseo común: el hecho de que nos dieran un encargo que cumplir lo hacía sentir más importante. ¡Era como tener una misión!

Alberto se alistó y me puso mi correa; llegados a este punto, no solo le había perdido el desprecio, sino que hasta sentía cierta especie de cariño por ella, pues cada vez que me la ponía significaba que íbamos a salir.

Era curioso ver cómo las personas, aterrorizadas, se me quedaban viendo por el parche en mi ojo, pero al lado de Alberto no me importaba lo que otros humanos pensarán.

A pesar de que el camino fue muy corto, me maravillaba lo diferente que lucía el mundo ahora que lo recorría con un humano en quien confiaba. Era como si las calles y los puestos hubieran cambiado, pero no: eran mis ojos, bueno, mi ojo, el que había cambiado.

Llegamos a la florería y Alberto preguntó por «girasoles». Nunca había escuchado esa palabra, pero por la expresión del otro humano, parecía ser algo común. En lo que los buscaba, Alberto me dio un recorrido por el lugar, me enseñó flores de todos los tamaños y colores. Me pareció tierno que, en su emoción por mostrarme algo que amaba, olvidó que los de mi especie no podemos ver más allá de blanco, negro y gris. Pero su alegría era suficiente para transmitirme una imagen de lo bello que debía ser el festival de colores que seguramente estábamos presenciando.

Luego, Alberto me señaló otras flores: los tulipanes azules. Aquí los había

comprado. Todo había cambiado desde la primera vez que vi unos, y esos tulipanes en específico sobresalían entre los demás. No me había percatado de que ahora esas flores tenían un mayor significado y era capaz de diferenciarlas usando mis otros sentidos.

Me encontraba abstraída por la cantidad de flores que había en el lugar, pero percibí un aroma diferente y mi atención se centró en el otro humano que volvía con las flores más grandes que jamás había visto. Alberto intercambió unos papeles que tenía en su bolsillo por las flores y, en un abrir y cerrar de ojos, ya nos encontrábamos regresando a casa.

Quería regresar a ese lugar, era increíble sentir paz al lado de tantos seres que, aunque no respiraban como yo, estaban llenos de vida. Estos y otros pensamientos estaban rebotando por mi cabeza cuando mi nariz detectó un olor familiar.

Recordé que, cerca de mis calles, vivía un perro al que habían llamado Káiser. Fue uno de los primeros en dejar la manada desde muy chico para acompañar a un humano que se había ofrecido a darle un hogar. Káiser fue el primero de muchos.

No me era extraño encontrarme a otros de mi especie en el parque o en las calles cuando Alberto y yo salíamos a jugar, y siempre las interacciones eran diferentes. A veces hacíamos como si no nos hubiéramos visto, en ocasiones nos saludábamos oliéndonos entre nosotros y en otras hasta jugábamos juntos. Al provenir de lugares distintos, siempre teníamos algo que compartir.

Por eso, al reconocer que era Káiser el que estaba enfrente de nosotros, me emocioné. Era el miembro de la manada que tenía más tiempo sin ver y ahora se veía mucho más grande y fuerte, pero llamó mi atención que ningún humano lo acompañaba.

No sé si él estaba feliz de verme, pero no dejaba de vernos fijamente a mí y a Alberto. Intenté acercarme a saludarlo, pero mientras lo hacía él soltó el más grande de los aullidos para después ladrar ferozmente hacia mí. El sonido era tan desgarrador que no lograba entender lo que decía.

Parecía listo para atacar. Alberto rápidamente me tomó en sus brazos y salió corriendo en dirección a casa. Káiser nos persiguió casi al instante mientras continuaba emitiendo ladridos que no podía comprender.

Alberto me había contagiado su miedo, estaba paralizada entre sus brazos. Káiser parecía haber perdido la razón y parecía dispuesto a atacar a

cualquiera que se cruzara en su camino. Afortunadamente, pudimos llegar a casa antes de averiguar qué hubiera pasado si nos hubiera alcanzado.

Ambos jadeábamos aterrados, y mientras más pasaba el tiempo, más nos dábamos cuenta del peligro en el que habíamos estado. Alberto me bajó de sus brazos, y fue entonces cuando noté que él nunca había dejado de agarrar las flores.

Los girasoles estaban arruinados.

En su preocupación por huir, Alberto los había presionado tan fuerte contra su pecho que las flores se quedaron sin pétalos. Rápidamente fue con su mamá para explicarle lo que había ocurrido. No quería que se asustara y le prohibiera volver a salir conmigo, pero yo solo podía pensar en los ladridos de Káiser.

Al recordar los sonidos sentí cómo mi corazón se detenía.

Existían leyendas entre los perros que decían que cuando uno de nosotros se dejaba domesticar, le entregaba su corazón a un humano (algo que no es tan fácil de hacer como muchos creen) y era abandonado o lastimado por este, comenzaba a experimentar una sensación similar a la locura.

Por eso no logré entender a Káiser.

Por eso perdió el control cuando me reconoció y me vio con Alberto.

Cuando me encontraba más calmada, pude entender que intentaba expresar su dolor. Tenía muy poca información, pero recuerdos de menciones a un carro y una carretera llegaron a mi cabeza... ¿Lo habrán aventado por la ventana? Al parecer, su antiguo dueño no había querido batallar cuando superó su tamaño estimado y lo había abandonado en la calle a su suerte, como si de una prenda vieja se tratara.

Volví a recordar cómo percibía a los humanos antes de Alberto.

Pasé toda la noche pensando en Káiser y en el dolor que seguramente había pasado. ¿Llevaría mucho estando solo? ¿Habría perdido por completo la cordura? Me abrumaban tantas preguntas.

Supongo que no siempre mis hermanos se pondrían felices de verme ahora que caminaba de la mano de Alberto.

Debía ser más cuidadosa de ahora en adelante.

Una luz muy fuerte me despertó aquella mañana.

Había cumplido mi sexto mes en casa de Alberto y todo parecía en orden. Las curaciones habían dejado de ser dolorosas. Gracias a mi nueva alimentación y los cuidados de mi familia me sentía más grande y saludable que nunca. Vivir con humanos no era tan malo.

Por fin le había podido decir adiós a las noches de insomnio, y tenía nuevas rutinas que disfrutaba. Pensaba que ya había logrado llegar a mi punto de recuperación más alto, pero estaba equivocada.

La noche anterior, mientras Alberto me ponía las gotas, sentí una comezón que no podía controlar. Era la primera vez que ese ojo me provocaba algo que no fuera dolor desde *ese* día.

Al despertar, sentí mi vista un poco desequilibrada. Pensé que tal vez era el cansancio de haber utilizado tanto tiempo un solo ojo. En ese momento la comezón se intensificó, y en lo que intentaba tallarme, el parche se rompió y cayó al suelo.

La comezón continuaba y no podía dejar de rascarme ahora ambos ojos. Alberto se acercó para revisarme y se sorprendió al ver el parche en el piso.

Emocionada, porque ahora Alberto me acompañaba, decidí poner en pausa mis lamentos por la comezón para darle los buenos días, y me percaté de que había algo diferente.

Mi ojo estaba abierto.

¡Podía ver a Alberto con ambos ojos!

No pude contener la felicidad que sentí por dentro y empecé a correr y a ladrar emocionada. Alberto estaba confundido. Me paré frente a él mientras mi cola se movía lo más rápido que podía y, al concentrarse en mi mirada, Alberto lo comprendió y se puso a gritar y correr de felicidad conmigo.

La familia se despertó asustada, pero pronto comprendieron que no había razón para estarlo. Llamaron al doctor para contarle lo que pasó. Él dijo que

debíamos estar muy agradecidos por los medicamentos y curaciones que habíamos estado siguiendo.

Pero yo sabía que había algo más.

Era como si, después de haber llegado a esta casa, el cariño de Alberto me hubiera hecho más fuerte. Sabía que en gran medida mi curación se la debía a los doctores, pero también el amor de esta familia había jugado un papel importante en mi recuperación. Más que nunca sentí que, con ellos a mi lado, era capaz de hacer cualquier cosa.

A partir de ese momento, la gente ya no me veía horrorizada, ahora se acercaban para ver mi «nuevo» ojo, porque ya no era igual que antes. Alberto había dicho que tenía un color diferente al otro.

Él solía leerme todas las noches, y una de sus citas favoritas venía de un libro llamado *Pedro Páramo*, la cual mencionaba que cierto individuo había llegado a un sitio buscando a su padre, pero que había llegado con los ojos de su madre, porque ella le había dado sus ojos para ver. Y así me sentía yo en ese momento.

Ahora podía ver con los ojos de Alberto, porque él me había ayudado a recuperarlos, y la vida con una visión como la suya era hermosa.

Por un momento todo se sintió como debía ser.

Era como si me hubiera estado preparando para ese momento toda mi vida.

Por primera vez en mucho tiempo me sentí completamente feliz.

Pero no pasaría mucho antes de que las cosas volvieran a cambiar.

La primera noche que Alberto tuvo un episodio, nadie supo cómo fue. Solo sabíamos que necesitaba ayuda, y no podíamos dársela.

Parecía una noche normal. Alberto se estaba preparando para dormir: se lavaba los dientes y preparaba su mochila para la escuela del día siguiente cuando empezó a toser. Siempre había sido propenso a enfermarse, pero esta tos era diferente. Escuché que jadeaba y tenía dificultad para respirar.

Y de repente dejó de hacerlo.

Corrí tan rápido como pude para llegar a él, a pesar de que tenía prohibido visitar esa área de la casa.

Lo encontré en el piso.

Asustada, comencé a aullar lo más fuerte que pude. Todos llegaron asustados para ver qué ocurría, y compartieron el terror de ver a Alberto en ese estado.

Pasaron minutos que parecieron horas antes de que llegaran unos hombres parecidos a los que me habían curado y se lo llevaran en una camilla.

La familia estaba devastada. Nadie sabía qué era lo que le pasaba a Alberto, o, si sabían, no lo compartían conmigo.

Esa noche dormí en su cuarto porque aún conservaba un poco de su esencia y eso me hacía sentir más segura. Los padres de Alberto estaban tan ocupados que olvidaron alimentarme y cambiar mi agua. Afortunadamente, todavía podía salir por la puerta trasera que habían hecho para mí a buscar en la basura mi propia comida. Aunque no tenía apetito.

En un abrir y cerrar de ojos me encontraba sola de nuevo.

Sola y más preocupada que nunca, temí que Alberto no fuera a regresar.

Pasaron dos largas noches antes de que Alberto pudiera regresar a casa, pero las cosas no volvieron a ser iguales.

No estaba inconsciente, pero permanecía días enteros en cama. Tosiendo, temblando, intentando dormir, esperando... No podía entender lo que estaba sucediendo, pero estaba segura de que Alberto necesitaba compañía, así que decidí dársela.

Me aferraba a estar lo más cerca posible de él. Compartía su dolor. El niño que me había salvado estaba sufriendo un proceso doloroso como el mío y yo no podía dejarlo solo.

Cada que el sol se ocultaba y las estrellas emergían, yo estaba a su lado. Le ofrecía mi calor para protegerlo de los escalofríos; su espíritu parecía vulnerable por la debilidad de su cuerpo, pero ahora yo lo protegería de su oscuridad.

Le compartía mi fuerza cada que nuestras miradas, iluminadas por la luna, se encontraban. Velé sus sueños por noches enteras y lo despertaba suavemente cuando tenía pesadillas.

Estaba segura de que había pocas cosas que una amistad como la nuestra no pudiera superar y esperaba el tiempo que fuera necesario hasta que él se recuperara.

Él tenía que volver a estar bien.

Las semanas transcurrían y la condición de Alberto no mejoraba.

A causa de las noches sin dormir, yo también empezaba a sentirme débil, y acompañar a Alberto en sus noches con dolor se volvía más difícil.

Justo cuando pensaba que las cosas no podían empeorar, la madre de Alberto recibió una visita inesperada de uno de los doctores. El cansancio no me permitió escuchar bien, pero supuse que su visita podría significar buenas noticias. Incluso creí oír algo sobre los análisis de Alberto.

Emocionada, corrí hacia ella para ver si, en esta ocasión, quería compartir algo conmigo, pero cuando llegué me sorprendió lo que vi.

Se veía incluso más cansada que la última vez que pasó tiempo conmigo. Parecía haber envejecido años en los últimos días. No podía imaginar el dolor que debía estar sintiendo. Me acerqué para darle compañía y recordarle que no estaba sola, que aún éramos una familia. Pero su tristeza se transformó en ira cuando me vio.

Tomó la escoba con la que solía regañarme cuando hacía algo mal, y me golpeó con ella repetidamente. No entendía por qué, pero sabía que me necesitaba y no tenía intención de irme hasta entender lo que estaba pasando.

Sus golpes me herían, pero sus palabras, llenas de odio, dolieron más.

—¡Aléjate de nosotros! ¡Él estaba bien antes de que llegaras! ¡Es tu culpa!

No entendía qué había salido mal ni por qué me estaba alejando. Decidí que lo mejor sería irme por un tiempo de casa hasta que la situación se calmara. Solo esperaba que Alberto lo entendiera si despertaba antes de que regresara.

Corrí lo más rápido que pude hasta dejar atrás las palabras de la madre de Alberto.

¿Acaso no éramos una familia feliz?

Lo peor de todo era no poder estar con mi compañero cuando más me

necesitaba.

Debía pensar en cómo solucionar todo, y tenía que ser rápido.

Me sorprendió lo rápido que había dejado de sentirme familiarizada con las calles.

Afortunadamente, la habitación de Alberto estaba en el primer piso. Así, durante las noches, podía visitarlo cuando su familia dormía. No sabía si sufría en sueños, si su estado mejoraba o empeoraba, pero verlo siempre me hacía sentir mejor.

Era muy frustrante no entender qué había pasado y cómo las cosas habían empeorado tan pronto. No tenía a dónde ir. Me negaba a regresar al callejón donde vivía antes, pero tampoco podía quedarme muy cerca de casa. No sabía si soportaría otro encuentro como el que tuve con la madre de Alberto.

Mi realidad volvió a oscurecerse con gran rapidez.

Ahora mi preocupación no solo era por mi propio vacío, sino también por el de ellos.

Cada noche, cuando salían las estrellas, ya no les contaba historias, pues empezaba a creer que no me escuchaban. Necesitaba saber qué hacer para ayudar a mi familia. Aunque estaba lejos, podía sentir su sufrimiento. Pero cada vez que clamaba por respuestas, nadie respondía. Incluso los vecinos comenzaron a enfurecerse cada vez que aparecía, así que, con el tiempo, volví a esconderme.

Había regresado a mi antigua rutina.

20

Lluvia.

El agua helada inundaba la ciudad mientras la oscuridad de la noche se abría paso en las calles.

Corrí para buscar refugio.

Días atrás me quejaba de que el cielo no respondía a mis gritos, pero el día de hoy parecía estar gritándome de vuelta.

Enojado.

Incontrolable.

Este cielo parecía un reflejo de cómo me sentía por dentro.

Las gotas de agua parecían una fuerza incontrolable. El suelo temblaba, la visibilidad se desvanecía y la incertidumbre crecía.

Me sentía sola y desamparada. Había encontrado un techo en un antiguo depósito de basura y ahí esperaba a que terminara una noche llena de lluvia, truenos y miedo, que parecía no tener fin.

Entonces los vi.

No eran los más bonitos ni los más vistosos, pero me dieron lo que necesitaba.

Esperanza.

Dos girasoles sobresalían por encima de una pila de basura a mi lado, y lo recordé.

La noche siguió fría y ruidosa, así que no pude descansar.

Pero ahora sabía lo que tenía que hacer.

Alberto me había mencionado la tradición y significado de las flores en su familia cuando yo estaba siendo atendida por los doctores. Y, aunque al principio no estaba segura de que las flores tuvieran esos poderes curativos, habían funcionado conmigo cuando más lo necesitaba. ¿Quién sabe? Tal vez, en esta ocasión, también se aferrarían a la vida tanto como Alberto lo necesitaba.

Tal vez mis ojos no podían detectar la misma escala de colores que los humanos, pero recordaba perfectamente la tonalidad, forma y olor de los tulipanes azules de Alberto.

Y sabía dónde encontrarlos.

Los primeros rayos de sol aparecían para marcar un nuevo día.

Por fortuna, nunca me alejé completamente de nuestro hogar, así que la tienda donde compramos los girasoles el día que nos encontramos a Káiser no estaba muy lejos de donde me escondía.

No tardé mucho en encontrar el lugar.

Había olvidado lo tranquilizante que era estar entre todas las flores. Pero no podía bajar la guardia sabiendo que era posible encontrarme con Káiser de nuevo. Aunque pudiera detectar su aroma, mi olfato no tenía tanto rango de distancia como el suyo, lo que haría que fuera casi imposible huir de él.

Tenía que actuar rápido.

Para mi suerte, no había personas en la tienda. Sabía dónde estaban los tulipanes azules y que el humano no podría alcanzarme una vez que empezara a correr. No quería robar, pero era la única forma de conseguirlos. Si lo hacía rápido al menos no tendría que mirarlo a los ojos mientras trataba de alcanzarme.

Pero tenía poco tiempo. Alberto debía mejorar lo antes posible.

Solo esperaba que el humano no necesitara mucho esos tulipanes.

Decidí que solo tomaría una flor y, tan pronto como Alberto se curara, la regresaría.

Me asomé a la puerta y a través del vidrio busqué al dueño de la tienda. Parecía no estar por ahí, así que di un fuerte golpe a la puerta con mis dos patas delanteras y esta se abrió.

Mi olfato me indicó que el dueño de la florería estaba cerca, así que debía tener cuidado. Rápidamente encontré la flor y la tomé con mi hocico, pero al hacerlo tiré un objeto que contenía otras flores e hizo un estruendoso ruido. Asustada, corrí hacia la puerta, pero el hambre me había debilitado y no pude hacerlo a gran velocidad. En ese momento, el humano salió. Al darse cuenta de lo que sucedía comenzó a gritar y a perseguirme. Tomó una

bolsa de algún lugar y comenzó a lanzarme piedras con todas sus fuerzas.

De repente, me encontré en la misma situación que hacía unos meses: temía lo que podría pasar si el humano lograba alcanzarme.

El miedo bloqueaba mis sentidos. Comencé a perder la noción de hacia dónde me dirigía. El humano se negaba a dejar de perseguirme, y las piedras que lanzaba cada vez eran más difíciles de esquivar, pero las que ya estaban en el suelo hicieron que se resbalara y por fin pude salir de ahí.

Seguí corriendo, a pesar de que ya lo había perdido. Entonces lo vi y casi extrañé al humano.

—¡Nos encontramos de nuevo, eh! ¿Qué pasó con el humano que te acompañaba? —fue todo lo que logré escuchar antes de doblar a la izquierda y regresar al escondite que ya había convertido en mi refugio.

A diferencia de la última vez, Káiser se veía más grande, fuerte... y cuerdo. Parecía que la soledad y su nuevo territorio le habían hecho bien.

Entonces algo inesperado pasó.

El dueño de la florería apareció y Káiser le lanzó un fuerte ladrido. Lo siguiente que oí fue cómo el dueño corría en dirección opuesta.

No era difícil entender por qué hasta el humano más valiente preferiría evitar conflictos con un perro como Káiser. Según lo que escuché de la familia de Alberto, los de su especie tendían a ser de los mejores depredadores y los menos compasivos cuando no eran criados en condiciones adecuadas. A pesar de la brevedad de nuestro reencuentro, pude ver en sus ojos que superar la locura y el sufrimiento del abandono le había pesado mucho, y que aún portaba cicatrices de sus propias batallas. Algo así como mi ojo, solo que él las portaba en el exterior y con mucho orgullo. Demostraba al mundo que era un sobreviviente y no temía seguir siéndolo día a día.

Fueron demasiados peligros en una tarde.

Por ahora, debía concentrarme en que ya tenía la flor conmigo y que el próximo destino era la casa de Alberto. Ya luego pensaría en cómo agradecerle a Káiser y cómo compensaría al dueño de la florería.

Había oído decir que cuando pasas mucho tiempo en un lugar, te vuelves parte de él. Ese día, al llegar a la casa de Alberto, me pregunté si después de pasar tantos días lejos, había dejado de ser parte de ella.

El sol había salido, pero lo opacaban grandes nubes grises. Todos seguían dormidos, incluso Alberto. En los últimos días, estuve tan ocupada escondiéndome que no tuve tiempo de comprobar si estaba mejor.

Pero, en caso de que no lo estuviera, el tulipán podría ayudar a cambiar eso. Mi pequeña puerta trasera aún estaba ahí, así que pude entrar sin problemas. ¿Sería una señal de que no se habían olvidado de mí?

Entré en la casa con un inmenso sentimiento de nostalgia, observando con mis dos ojos cuán rápido había pasado la vida desde mi primer encuentro con Alberto, desde la primera vez que identifiqué un olor como el de esta casa... ¡Basta! Tenía que concentrarme.

No estaba segura de lo que mi presencia podría causar, así que seguí con el plan. Me deslicé hasta la habitación de Alberto, dejé la flor en su escritorio y salí.

Volteé a ver la casa por última vez y me di la vuelta con la cabeza baja, tratando de evitar que los recuerdos de lo que alguna vez parecía un futuro feliz llenaran mi mente.

Era difícil, pero tenía un fuerte presentimiento de que esa no sería la última vez que visitaría la casa.

¡Funcionó!

Desde que me habían corrido de la casa observaba el cuarto de Alberto todos los días. Una semana después de haberle dejado el tulipán vi que Alberto ya no estaba en cama. Por un momento temí lo peor, pero pronto me di cuenta de que... ¡desayunaba con su familia! ¡Era la primera vez que lo veía pararse en mucho tiempo!

Me sentí aliviada. Sin duda, las flores tenían efectos curativos.

No podía esperar a que volviera a salir a jugar y que todo volviera a ser como antes.

¿Estaría preguntando por mí? Todos en la mesa se habían puesto muy serios.

Debía tranquilizarme. Tal vez lo mejor era darle tiempo para que se recuperara bien.

¡No podía contener la emoción! Después de muchas noches, tenía algo que contarles a las estrellas. Incluso tal vez hoy me animara a dormir más cerca de la casa.

Era un día feliz.

Ojalá se me hubiera ocurrido llevarle la flor a Alberto antes.

Ese mismo día volví en la noche para ver si Alberto seguía teniendo energía, y lo encontré sentado al lado de mi plato de comida. Miraba al cielo.

¿Me estaba buscando?

Mis emociones y mi cola me volvieron a traicionar; cuando me di cuenta, ya iba en camino hacia sus brazos.

El pobre no tuvo tiempo de reaccionar cuando salté hacia él, pero la alegría reemplazó rápidamente el susto. Me levantó hacia el cielo para mirarme a los ojos y volvió a cubrirme con sus brazos.

—¡Luna! ¿Has estado ocupada, eh? Mamá ya me dijo que te corrió de la casa y que ella no fue la que consiguió el tulipán azul de mi habitación.

Era un niño muy listo.

Alberto se disculpó conmigo, aunque no hubiera sido él quien me alejó de casa, se encargó de ser quien volviera a dejarme entrar. A pesar de que percibí cierta tensión en la atmósfera dentro del hogar, me emocioné porque otra vez estábamos juntos. Esa noche por fin volví a tener una cena decente.

Me puso al lado de su cama y se dispuso a descansar. Me confesó que, aunque ya estaba mejor, su cuerpo aún no se había recuperado completamente. Había tenido una reacción alérgica cuyo origen todavía era desconocido.

No entendía muy bien lo que estaba diciendo, pero estaba lista para volver a cuidarlo de sus pesadillas como antes. Para mi sorpresa, esa noche fue muy calmada. No hubo miedos, no hubo escalofríos, no hubo fiebre. Todo fue paz y tranquilidad.

Y me hizo bien.

Los dos merecíamos tener un momento de paz desde hacía un buen tiempo.

Desafortunadamente, nuestro «momento de paz» duró muy poco.

A la mañana siguiente, la fiebre de Alberto había vuelto y se quedó inmóvil en su cama nuevamente.

No entendía que había salido mal; la flor seguía viva, la mamá de Alberto la había puesto en un recipiente con agua y estaba a punto de abrirse.

La tensión en la casa se había intensificado; la familia de Alberto no quería que estuviera allí, pero tampoco me querían echar como la última vez.

Aproveché que Alberto se había quedado dormido para comer, tomar agua y salir de casa. Necesitaba recargar mis energías porque ahora tenía un nuevo plan.

Si un tulipán azul había logrado que Alberto se levantara una noche, muchos tulipanes podrían hacer que se levantara para siempre. Debía volver a la florería y, aunque recoger los tulipanes sería más difícil porque el humano me reconocería, valía la pena correr el riesgo.

Ya había comprobado que las flores hacían que se sintiera mejor. No podía permitir que su familia lo viera así ni un día más.

La última vez que vine tenía un plan y la ventaja de que nadie me esperaba. Pero después del escándalo que se hizo el otro día, dudaba que el humano no hubiese mejorado la seguridad del lugar.

Seguí arrastrando mi cuerpo por un camino que me dirigía a lo que podía ser un destino terrible cuando, de pronto...

—¿Otra vez por estos rumbos? No me digas que vienes a robar flores de nuevo...

Aterrorizada, volteé a ver a la bestia de dos o tres veces mi tamaño que me miraba fijamente. Había olvidado que ahora estos eran los dominios de Káiser. Mi cabeza me decía que debía correr, pero mi cuerpo se negaba a moverse.

—Lo que haga o no aquí no es de tu incumbencia, Káiser —intenté hacerme la ruda.

Él miró fijamente a la florería, que ahora se encontraba a unas calles de distancia, y volteó a verme con una mirada antipática.

—Pensé que ibas a estar algo agradecida conmigo —agregó.

—¿Por qué? ¿Por casi atacarnos a mí y a mi compañero en nuestro primer encuentro?

La intensidad con la que salieron las palabras me sorprendió, pero era cierto. Ese día realmente sentí que estábamos en peligro.

Káiser me miró sorprendido.

—Supongo que las primeras impresiones no son fáciles de olvidar. Pero dime, todo este asunto de las flores, ¿también se trata del humano que te acompañaba? ¿O solo buscas compañía porque el chico que *solía* acompañarte ya no está?

Sentí la ira correr por mis venas. Si Káiser seguía presionando, estaría dispuesta a atacarlo. Cuando vivía en la calle nunca dejé que nadie me atemorizara o humillara, y no iba a empezar ahora, menos si se trataba de

proteger a mi familia.

—No, y como te dije, no es de tu incumbencia. Que el humano que te adoptó te haya abandonado no quiere decir que todos los humanos sean iguales —sentía cómo las palabras me quemaban la garganta mientras las expulsaba.

Nunca habría soportado que cualquiera hablara mal de los seres que amo.

Me tardé en darme cuenta, pero toda la dureza en la mirada de Káiser se había extinguido. Él no era el único que había tocado una fibra sensible.

Pero ya no me importaba.

Continué caminando, haciéndolo a un lado con mi cuerpo, y pretendía seguir mi camino, ya que no tenía tiempo que perder, cuando un último susurro logró interrumpir mis pensamientos.

—Mis humanos no me abandonaron.

Detuve mi caminar, pero no tuve el valor de voltearlo a ver.

—Mi opinión hacia los humanos no era muy diferente a la que tenías tú —continuó.

» Aunque no lo creas, cuando todavía vivía con ellos, me llegaban rumores sobre ti: «La perra que perdió su ojo por la crueldad de los humanos», y sobre tu desprecio a esos seres, que hacía que los de nuestra raza se pelearan los unos contra los otros. En mi caso, la familia de Iván cambió mi parecer.

¿Iván? ¿Por qué me estaba contando eso?

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunté, temerosa de escuchar la respuesta.

—Mi familia salía muy a menudo a acampar. Y después de un tiempo viviendo con ellos, empezaron a llevarme a mí también. Habíamos cruzado la carretera miles de veces, pero ese día tenía un mal presentimiento.

Oh, no...

—La lluvia empezó a caer como nunca y no se podía ver nada. Los carros que nos rodeaban empezaron a descontrolarse. Todo pasó muy rápido, yo iba en las piernas de Iván, y este, al ver que el carro perdía el control, bajó el vidrio y me arrojó por la ventana hacia el pasto. Entonces, escuché el impacto.

Los ojos de Káiser comenzaron a humedecerse y era entendible. En un momento lo perdió todo.

El agua caía, había luces artificiales por todos lados, escuchaba los gritos de las personas y los coches chocando los unos contra los otros, era como

presenciar el fin del mundo. Tan pronto como la situación se calmó, corrí hacia el carro de mi familia con la esperanza de encontrar a alguien. Empecé a ladrar tan fuerte como me lo permitieron mis pulmones pidiendo ayuda.

» Y los encontré.

» Madre y padre estaban inconscientes, y la expresión de susto de Iván hacía que estuviera casi irreconocible. Los otros humanos ya se habían hecho cargo de llamar a los doctores, así que decidí quedarme con Iván todo el tiempo que me fuera posible. Así que esperé y esperé, y él, cuando notó la tristeza y preocupación en mis ojos, empezó a acariciarme y a cantarme, cosa que hacía solo cuando yo estaba asustado.

» Iván me cantaba en las noches con relámpagos, en los días de inyecciones o cuando mis recuerdos de la calle reaparecían, y siempre lograba hacerme sentir mejor. Incluso en ese momento, después de un golpe tan aparatoso y estar pasando por un intenso dolor, Iván estaba preocupado por mí.

» Los doctores se los llevaron. Eran demasiadas personas heridas, así que me abandonaron en la carretera. Fue difícil, pero reuní la fuerza para regresar. Los estuve buscando día y noche, pero día y noche era lo mismo. Siempre terminaba solo, ni siquiera sabía si mi familia seguía con vida. Dejé de comer, dejé de dormir, sentí el abandono. Solo quería saber cómo estaban.

» Fueron días muy oscuros, y, desafortunadamente, en esos días ustedes se metieron en mi camino.

Lo comprendía. Nadie lo soportaría.

Todo el miedo que sentía hacia él pasó a ser, en segundos, tristeza y compasión.

Káiser me dio a entender que estaba aquí para apoyarme, ya que sabía lo que era perder a un ser amado y se negaba a permitir que alguien de su especie lo sufriera también.

• En nuestro segundo encuentro, pude ver la desesperación en tu rostro. Percibí el olor de la frustración, de sentir que un ser amado depende de ti y no poder hacer nada para apoyar. Por eso decidí intervenir, por eso decidí ahuyentar al hombre que te perseguía.
--

No éramos amigos, ni siquiera éramos colegas. Él solo me ayudaba para cubrir su deuda de cuando, en su locura, casi nos ataca a mí y a Alberto, y aunque aún no confiaba del todo en él, y su historia no me inspiraba la suficiente confianza como para compartirle la mía, decidí que, en esta ocasión, necesitaría toda la ayuda posible. Así que le conté solo lo que necesitaba saber: que estaba de regreso por flores y que necesitaba la mayor cantidad posible para apoyar a mi compañero que se había vuelto mi familia.

Entre los dos ideamos un plan.

Era agradable volver a sentir apoyo proveniente de uno de mis semejantes.

Sabíamos que el humano me reconocería si me veía, así que la primera parte del plan dependía completamente de Káiser.

Desafortunadamente, debido a su gran tamaño, nada de lo que Káiser hiciera podía pasar desapercibido, así que decidí ser la distracción.

Entró a la tienda y comenzó a rugir con todas sus fuerzas para llamar la atención del humano. Después, empezó a mover los aparadores como si quisiera tirar las flores que estaban a su alcance. Él insistió en destrozarlas para llamar aún más la atención, pero me opuse a destruir lo que pudiera ser un regalo para alguien más. Además, el hombre de las flores no tenía la culpa de nuestras circunstancias.

Cuando lo vio, el hombre se acercó asustado, tomó un pedazo de sándwich que supuse que era su almuerzo, y se lo ofreció a Káiser, a manera de intercambio (probablemente pensó que si hacía lo mismo que conmigo el resultado sería muy diferente). Le di crédito a Káiser por no aceptar la comida al instante, a pesar de que, seguramente, estaba muriéndose de hambre.

No fue hasta que Káiser se puso a ladrar para distraer al hombre que pude correr y tomar toda una caja de tulipanes azules y arrastrarla conmigo.

El hombre escuchó el ruido, pero, en ese momento, Káiser brincó para arrebatarme el pedazo de sándwich y corrió en dirección opuesta a la mía.

Aturdido y sin comprender lo que pasaba, el humano se puso a revisar si alguna flor u objeto había sido destruido, mientras yo corría a toda velocidad a casa de Alberto.

No tuve tiempo de agradecerle a Káiser, pero me prometí que algún día le regresaría el favor.

Nuevamente, me encontré corriendo tan rápido como pude por las calles.

Llegué antes del anochecer a casa de Alberto. Estaba tan apurada que no me fijé en si había más gente. Lo único que necesitaba era entregarle los tulipanes a Alberto para que se pusiera bien.

Entré corriendo y, por suerte, Alberto seguía durmiendo en su cuarto. Le acerqué la caja lo más silenciosamente que pude y me retiré. No quería causar problemas a la familia de Alberto. No había olvidado que la última vez parecía que no querían que me acercara a él.

Decidí pasar esa noche afuera, esperando lo mejor.

Las estrellas hicieron su aparición y me acompañaron en mi soledad. Las constelaciones y sus historias siempre me ayudaban a sentirme mejor.

Esperaba que Káiser estuviera bien. Cuando todo mejorara, intentaría presentárselo a Alberto. Estaba segura de que él también vería más allá de su aspecto aterrador. Tal vez incluso podría ayudarnos a encontrar información sobre su familia.

También esperaba que el hombre de las flores no necesitara mucho los tulipanes azules.

El primer tulipán que le di a Alberto aún se veía en buen estado. Tal vez podría regresarlos cuando él mejorara.

Esa noche muchas cosas daban vueltas en mi cabeza y no pude dormir.

Solo quería que todos estuvieran bien.

Alberto vino a despertarme al día siguiente.

No sé cómo supo que estaba afuera, pero lo importante es que se había levantado y se veía más fuerte. Mi corazón se llenó de alegría al ver que el esfuerzo que hicimos por las flores valió la pena. Alberto estaba bien de nuevo y todo volvía a sentirse como debería.

Pasamos el día jugando.

Alberto estaba lleno de energía: me llevó a explorar otra parte de la ciudad, jugó conmigo lanzándome huesos e incluso me dio un baño. Era como volver a la rutina que más disfrutábamos.

Los siguientes días los dedicamos a ordenar su habitación. Encontramos un lugar especial para los tulipanes azules e intentamos pasar todo el tiempo posible juntos para compensar los días que estuvimos lejos durante su enfermedad.

El mundo había recuperado su color, pero algo no encajaba del todo.

La familia de Alberto nos miraba constantemente, pero no parecían tan felices como nosotros.

¿No entendían cómo Alberto se había recuperado tan rápido?

No...

Debía haber algo más.

Ya pensaría en eso después.

Alberto no despertaba de nuevo.

No entendía qué estaba pasando.

Hacía unos días se veía mejor que en mucho tiempo. ¿Cómo había podido ponerse tan mal tan rápido? ¿Las flores ya no le hacían efecto?

No.

Las flores aún estaban vivas. Ni siquiera habían terminado de abrirse. Algo más estaba causando que empeorara, algo estaba saliendo muy mal y no lograba entender qué era.

No tenía ánimo para pensar en otro plan. Mis ideas solo ayudaban momentáneamente. No quería más decepciones, ni ver a Alberto en ese estado. Su familia otra vez me ignoraba. Iban y venían de la habitación, pero ni siquiera me miraban, como si algo dentro de ellos les dijera que no me importaba la condición de Alberto.

A veces me pregunto cómo pudieron dejar de sentir algo por mí tan rápido y tan fácil, justo cuando más los necesitaba.

Esperaba que solo fuera su preocupación por Alberto no dejándolos pensar en nada más.

No había mucho que hacer allí, así que decidí salir de la casa. De todos modos, ya no me sentía bienvenida cuando Alberto no estaba, quizás era mejor dejar que descansaran un poco de mí.

Quizás era bueno permitirme descansar también y volver al anochecer para ver si Alberto mejoraba un poco.

Toda esa tarde no hice más que dar vueltas en círculos por el vecindario.

Antes de mudarme con la familia de Alberto, me prometí a mí misma que, viviera o no con ellos, nunca dependería de nadie para ser feliz. Pero lo que sentía ahora era peor. Había llegado a un punto en el que no podía imaginar un mundo sin ellos.

Cuando cruzaba las calles de la ciudad, solía caminar con orgullo al lado de Alberto. Me gustaba creer que, aunque no siempre estábamos juntos, él podía ver mi mundo a través de sus ojos, porque por él mis ojos eran una prueba de que los milagros existen y que pueden estar entre nosotros. Y ahora me encontraba sin él aquí para compartirle lo que veía con los ojos que me dio...

Muchas cosas iban a cambiar. Y no me sentía lista para enfrentar ese vacío.

¿Podría contener la locura como lo hizo Káiser?

No.

No estaba dispuesta a averiguarlo. Aún tenía que haber algo que pudiera hacer para ayudarlo.

Regresé a casa antes del anochecer.

No estaba segura de que acercarme directamente fuera buena idea, así que estuve un rato viendo la casa desde la calle de enfrente. Los escalofríos volvían a mí solo de pensar en lo que me podría encontrar al observar la habitación de Alberto. Pero este no era momento de dejar que el miedo me controlara. La familia de Alberto podía necesitar de mí en este momento y yo necesitaba saber que estaban bien.

Vacilé un poco antes de por fin asomarme por la ventana para ver si Alberto seguía dormido. Pero para mi sorpresa, no se encontraba en la cama. Ni en los sillones de la sala. Ni en ningún lado.

¿Qué estaba pasando?

Opté por no entrar directamente a la casa, sino rodearla para ver por las otras ventanas.

Casi había terminado de recorrerla cuando los vi en la cocina. Estaban conversando, pero no parecía una plática normal; madre y padre se veían más serios que de costumbre y, por la intensidad de sus palabras, esa conversación estaba lejos de haber empezado. Intenté acercarme lo más que pude para escuchar. Alberto parecía estar en un mejor estado.

—Estás atentando contra tu salud, Alberto, entiende, por favor —cualquier emoción en la cara de su madre había desaparecido.

Me pregunté de qué me habría perdido. Podría entrar en la casa para escuchar mejor, pero además de que no quería interrumpir, no sabía cuál sería la reacción de Alberto al volverme a ver. Lo mejor sería que no se enteraran de que podía escucharlos. Fue hasta este momento que noté que los ojos de Alberto estaban cubiertos de lágrimas.

—No, tú no entiendes. No podemos deshacernos de ella —Alberto contestó con una determinación que jamás había visto en un niño de su edad.

¿Ella? ¿Estaban hablando de mí?

—Entiendo que la quieras, Alberto, pero ¿no ves que te estás haciendo daño? ¿Es que no te importa vivir siempre con limitaciones? ¿No te importa el sacrificio y las noches sin dormir por las que hemos pasado tu padre y yo?

Alberto desvió su mirada.

—Eres muy chico para vivir así, Alberto. Y nos parte el corazón ver lo que te está pasando. Lo siento, pero no podemos permitirte seguir con esto. Oíste al doctor, mientras Luna o cualquier perro esté cerca de ti, tus alergias seguirán disparándose. Estás abusando de tu salud, pero esto acaba ahora. Eres un muchacho listo, ya deberías saber lo que es mejor para...

De una manera imprevista, Alberto se levantó de la mesa empujándola hacia adelante. No parecía el niño inocente que me había salvado ese día en el parque. Sus facciones se veían más maduras. Era como si toda esta situación también lo estuviera envejeciendo a él.

—¿¡Lo mejor!? ¿¡Lo mejor para mí!?

Nunca lo había escuchado gritar de esa manera, y mucho menos hacerlo hacia su madre.

Suspiró profundamente y continuó.

—¿Sabes qué sí sería lo mejor para mí? Que cada que entrara a una habitación no me trataran como si fuera a desaparecer en cualquier segundo. Que cada que alguien me mirara no pusiera esa expresión de lástima hacia el «pobre niño enfermo». Lo mejor para mí sería que ustedes, mi familia, no dejaran de verme como lo que soy, un ser humano, solo por condiciones que yo no escogí tener. Porque eso tampoco es vivir. Recorro las calles, pero nadie me ve como a un igual, no me tratan como si fuera parte de algo, solo ven a un niño que en cualquier momento puede necesitar ayuda, y lo odio.

Su madre estaba perpleja. Claramente no esperaba que Alberto se sintiera así. Intentó hacerlo razonar, pero las palabras de Alberto seguían retumbando en su corazón y no pudo más que levantarse a abrazar a su hijo, pero él aún no terminaba de hablar.

—¿Sabes por qué Luna se volvió tan especial desde el día en que la conocí? No fue solo porque sea una perrita buena o porque me divierte jugando y pasando mi tiempo con ella. Ese día, cuando llegó al parque, esa vez que tú no me querías dar permiso, y solo me dejaste ir para ver la luna nueva, pude ver cómo los demás la veían. Me entristeció que las personas

no veían a un ser vivo que estaba sufriendo, sino su condición. Pero no se daban cuenta de que era resultado de lo que le habían hecho. Y yo lo entendí.

» Estos años me ha tocado estar rodeado de gente semejante a mí, pero siempre me he sentido diferente, como si no me vieran como lo que soy en realidad.

» En su primer día con los doctores le prometí que no la dejaría sola. Porque con ella volví a recordar que tal vez no podemos escoger nuestras circunstancias, pero sí podemos cambiar las de los demás. Me gustaba pensar que provoqué en la vida de Luna el cambio que a mí me hubiera gustado que alguien tuviera en la mía, pero sin darme cuenta ella también estaba haciéndolo conmigo. Porque ella no me ve como un ser que puede desaparecer en cualquier momento, me ve como su compañero, y cuando estamos juntos nos sentimos iguales. Cuando ella llegó dejé de sentirme solo, y por lo mismo me prometí que no dejaría que ella volviera a sentir lo mismo.

» Tal vez soy muy chico para comprender si esto es o no vivir, pero estoy seguro de que estar en un lugar donde todos siempre te miran hacia abajo o con lástima, tampoco lo es.

Podía escuchar mi corazón rompiéndose. La mamá de Alberto no solo no encontraba las palabras para hacer entrar en razón a su hijo, sino que parecía sentirse culpable por haberle hecho sentir así todo este tiempo.

Todo este tiempo la mejoría de Alberto no era por los tulipanes. Alberto mejoraba porque yo me alejaba de él. Por eso cada que regresaba se encontraba mejor. Por eso su madre me corrió de la casa aun sabiendo que eso le causaría un enorme dolor a Alberto.

Podía ver tan claramente todo ahora. De nuevo mi realidad empezaba a pintarse en tonos grises. Hace unos días hubiera dado lo que fuera por poder hacer algo para que Alberto mejorara, y ahora que sabía lo que podía hacer, no sabía si era capaz.

Sentí que mis patas perdían fuerza, pero me aferré a la ventana para ver la conclusión de la plática de Alberto y su madre, pero esta última no pudo contener las lágrimas y salió de la cocina. Alberto se quedó sentado mirando al vacío.

Podía sentir la tristeza y frustración de Alberto desde donde estaba y, a pesar de que sabía que me necesitaba, no pude quedarme ahí. Había

demasiadas cosas pasando por mi cabeza y una decisión debía ser tomada.

Una que podía cambiar para siempre todo y que podía ser lo más doloroso que haría de aquí hasta el final de mis días, pero que le podría salvar la vida a la persona que salvó la mía.

Me había desacostumbrado a esta clase de oscuridad en la noche.

Por primera vez, sentía que me había quedado sin un propósito. Ahora que entendía que la raíz de la fragilidad de Alberto era mi presencia, no podía regresar, pero al escuchar lo que significaba nuestra amistad para él, tampoco me podía alejar.

Estaba destrozada y sola, y esa soledad no haría nada sino incrementarse, independientemente de la decisión que tomara. Sabía que Alberto era un niño fuerte y no desaparecería de la noche a la mañana, pero también estaba consciente de que él merecía una vida más allá de su cama y de hospitales.

Él sabía todo esto y aun así decidió correr el riesgo conmigo. Tal vez no tenía fe en los medicamentos o en los doctores, pero tenía fe en mí. Fe en que el cambio que estábamos logrando en nuestras vidas valía la pena. Fe en que las amistades como la nuestra podrían superar la prueba del tiempo, la distancia y los milagros.

Alberto me había salvado. Había hecho más que darme su casa, curar mis heridas y alimentarme. Él me salvó de ser alguien que veía todo de color gris y que pensaba que la felicidad era un privilegio que solo unos cuantos podían gozar.

La situación me rompía el corazón, pero sabía lo que debía hacer. Tal vez Alberto no lo comprendería, o incluso tal vez me odiaría porque a sus ojos podría convertirme en una cobarde, pero no me importaba. Él hizo todo lo necesario para salvarme, peleó contra su situación, contra su familia, y contra mis propias estrellas para que yo estuviera bien. No merecía llamarme su compañera si no estaba dispuesta a hacer lo mismo por él.

Tal vez no estaríamos juntos otra vez, pero me hice la promesa de que llevaría sus ojos a ver los paisajes más hermosos, los cielos más brillantes, y conocería las historias más bellas. Y todo esto pasaría mientras él siguiera con nosotros, creciendo, aprendiendo y llevando la vida digna que merece.

Por un pequeño instante, la luz de la luna disipó la oscuridad de la noche y, con eso, todas mis dudas. Mi ciclo con Alberto había terminado porque era lo mejor para él. Así, podría crecer para ser el adulto tan increíble que todos sabíamos que podía llegar a ser.

Miré al cielo. La luna me sonreía desde lejos, demostrándome que su cielo es hermoso aun cuando sus estrellas se encuentran lejos.

Aullé con todas mis fuerzas. No estaba segura de cuánto tiempo mi memoria viviría para recordar estos momentos, pero sí lo estaba de que, de ahora en adelante, ya tenía una historia que contar.

La historia de un niño que escribió en mi mundo el más bello de los milagros al poder preservar y maravillarse por lo grande y preciada que puede ser la vida. Cada noche a partir de ahora, le contaría al mundo mi historia con Alberto. Porque esa clase de eventos merecen no ser olvidados nunca, esa clase de historias son más grandes que el mismo cielo y sus misterios.

Alberto, si para no olvidarte debo contarle todas las noches, a diferentes cielos, el milagro que vivimos juntos, estoy dispuesta a hacerlo.

Estoy dispuesta a hacer que el mundo recuerde para siempre tu nombre.

No planeaba tener una despedida con Alberto, ya que eso solo complicaría las cosas. Pero no podía irme sin verlo una última vez. Solo quería guardar esa imagen en mi cabeza: él descansando, estando sano y a salvo.

Recorrí una última vez esas calles que se habían vuelto parte de mi cotidianidad y estaban a punto de dejar de serlo. Por una última vez, llegué al sitio que había considerado mi hogar.

Empecé el recorrido en la madrugada, sabiendo que miles de recuerdos y sueños sin cumplir iban a saturar mi mente y retrasarían mi camino. A esas alturas, el sol apenas se preparaba para brillar en lo alto y la casa volvía a tener ese brillo y aura de tranquilidad que tenía cuando llegué por primera vez.

Intenté capturar esa imagen en mi cabeza sabiendo que esta podría ser la última vez que la tendría frente a mis ojos. Mis patas temblaban, pero tenía que terminar lo que había empezado. Me acerqué lentamente a la ventana de Alberto cuando, súbitamente, la puerta se abrió.

Y ahí estábamos. Viéndonos a los ojos, solo que ahora el que se encontraba en una situación complicada era él. Pareció identificar mi tristeza y comenzó a acercarse para descubrir qué me pasaba, pero no pude permitirselo.

—¿Qué te pasa, Luna? —lo escuché decir.

Su cuerpo podía verse más fuerte y recuperado, pero su voz revelaba la cantidad de noches que pasó sin descansar y los días que llevaba batallando para respirar.

Tomé distancia y observé cómo intentaba descifrar lo que estaba pasando.

Alguna vez escuché que las palabras del amor muchas veces se escondían en momentos en que dos seres no decían nada, y esperaba con todas mis fuerzas que Alberto pudiera entender cómo me sentía.

Mi cola estaba caída y mis ojos empezaron a soltar lágrimas. Debía huir

antes de que eso se volviera más complicado. Había venido a comprobar que Alberto siguiera mejorando y me daba fuerza saber que ese era el caso. Era una confirmación de que lo que hacía era correcto.

Negocié con mi cuerpo para que me diera un poco más de fuerza para alejarme tanto como pudiera, pero escuché a Alberto gritar mi nombre.

Lastimado y confundido, Alberto no podía perseguirme, aún no tenía la fuerza suficiente para correr. Debía de ser difícil para él tener discusiones como las de ayer con su madre y ahora presenciar cómo me alejaba, pero no me quedaba otra alternativa. Era lo que se tenía que hacer.

Corrí tan rápido como me lo permitía mi cuerpo, con el espíritu roto, y logré distinguir la voz de su mamá, que salió al oír sus gritos. Escuché cómo lo consolaba e intentaba convencerlo de que eso era lo mejor. Pero también escuché cómo él no quería comprender.

Alberto...

Su madre lo levantó del piso para comenzar a meterlo a la casa, tratando de explicarle que probablemente lo que hice fue lo mejor, que los actos de amor a veces se miden en decisiones difíciles. Sin embargo, Alberto solo imploraba que regresara, y prometía que jamás me olvidaría.

Volteé para ver cómo la puerta del único lugar al que he considerado mi hogar se cerraba hacia mí por una última vez.

Logré escuchar cómo Alberto corría hacia su cuarto, haciendo la promesa de que escribiría nuestra historia para no olvidarla nunca, para que en el futuro pueda contarles a sus amigos y a su familia cómo una pequeña perrita de color blanco hizo que el ser humano más solitario del mundo se sintiera amado y valorado.

Me encontraba lo suficientemente lejos ahora como para dejar de escuchar lo que ocurría en esa casa, y, dentro de mí, mi corazón se consumía y se secaba. Tenía fe de que había hecho lo correcto, pero eso no lo volvía menos doloroso.

Hasta siempre, Alberto. Si el universo es bueno con nosotros y tenemos un poco de suerte, puede que nos volvamos a ver.

Mereces una circunstancia mejor que la que te tocó, pero no dejes que eso te detenga o que este sacrificio sea en vano. Crece, sé feliz, sueña grande, ama fuerte y conviértete en todo eso que siempre quisiste ser. Recuérdales al mundo que los seres como nosotros compartimos todo no porque tengamos en abundancia, sino porque sabemos lo que es no tener nada.

Probablemente, de ahora en adelante, esté lejos de ti, pero prometo llevar tus ojos a las aventuras más extraordinarias y contarle sobre ti a todo quien se cruce en mi camino. ¿Quién sabe? Si algún día recorres la calle y escuchas un aullido que va directo al corazón del cielo, probablemente sea yo compartiendo una vez más nuestra historia.

Siempre estarás en mi manera de ver el mundo, en mi curiosidad y valentía. No hay manera de expresar lo agradecida que estoy contigo, Alberto.

Gracias por demostrarme que los milagros existen en forma de una amistad verdadera.

Epílogo

La luna nueva más grande y brillante que había salido en años les daba luz y esperanza a los callejones de cierta ciudad, donde un perro de gran tamaño y su compañera de color blanco continuaban en búsqueda de una familia, que había empezado hacía años. Brincaban, aullaban y compartían su presencia e historias bajo la luz de la noche. Habían encontrado una nueva familia en la compañía del otro y, con esto, una nueva promesa de lo que una amistad podía ser.

Mientras que, del otro lado de la ciudad, un joven de ahora veintidós años escribía sus memorias. Escribía cartas, escribía cuentos, escribía todo lo que su imaginación le podía permitir. Historias sobre la perrita que había cambiado su vida. Aún era joven, y le quedaban muchos años por vivir, pero la motivación y la historia que quería contar ya las tenía muy presentes.

Alberto se disponía a apagar la luz de su cuarto para irse a dormir cuando notó algo extraño en los tulipanes azules que le había regalado su compañera antes de partir.

Las flores parecían apuntar hacia la luna, recordando una historia hermosa que había llegado a su fin.

Pero ¿quién sabe? Si su salud seguía tan bien como lo había estado desde que inició su nuevo tratamiento, tal vez podría juntar la fuerza para buscar ese encuentro con el que soñaba una y otra vez.

Agradecimientos

Dedico este libro a mi esposa, Olaya, y a mi mamá, porque sin ellas no hubiera tenido el valor suficiente para perseguir este sueño, además de que, con ellas a mi lado, me siento capaz de hacer cualquier cosa. También quiero darle un agradecimiento especial a Alaide, pues ha sido la persona que más veces ha leído esta historia y me ha ayudado mucho a seguir creciendo como escritor.

Table of Contents

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32

33

34

35

Epílogo

Agradecimientos